

como proveniente de Dios, no olvidemos que existe una razón para todo esto.

Es fácil llegar a conocer esta razón.

Los hombres superticiosos la llaman Escritura de Dios, porque es más profunda que toda la ciencia humana y porque a pesar de continuas refutaciones, ha llegado hasta nosotros, sin perder su renombre de divina. La llaman divina, y ha sido transmitida hasta nosotros, porque contiene la sabiduría humana más grande posible. Así por lo menos ocurre en la mayoría de los pasajes de la obra que se llama Biblia.

Tal es, en efecto, en su sentido literal la sentencia que Bondareff toma como texto y comento, tal es, ese mandamiento, que el género humano ha olvidado y cuya interpretación actual le quita toda importancia.

Se concibe ordinariamente esta orden de Dios y toda la vida de Adán en el Paraíso terrestre, como sucesos históricos y reales, cuando debiera darse a este relato un sentido alegórico porque muestra las tendencias contrarias que Dios ha puesto en la naturaleza del hombre.

El hombre, en efecto, tiene miedo a la muerte, y está sometido a ella. El hombre que no conociera el bien y el mal, nos parecería más dichoso, y no obstante, aspiramos a conocerlo todo. El hombre ama los placeres y la satisfacción de sus necesidades, de las cuales no es consecuencia el sufrimiento, y sin embargo, en la pena y en el sufrimiento es donde encuentra la vida, él y toda su raza.

Esta frase: *recolecta tu pan con el sudor de tu frente* es importante, no porque, como se pretende, haya sido dicha por Dios mismo a nuestro padre Adán, sino porque es verdadera, y porque afirma una de las leyes ineludibles de la vida humana.

La ley de gravedad no es verdadera únicamente porque haya sido enunciada por Newton, sino que por el contrario, yo no conozco a Newton más que porque la ha descubierto y le estoy reconocido de haberme enseñado la ley eterna que sirve para explicar todo un orden de fenómenos.

Lo mismo sucede con la ley: *con el sudor de tu frente recolectarás tu pan*. Es una ley que me explica, igualmente todo un orden de fenómenos. Una vez conocida no puedo olvidarla y siento profunda gratitud hacia aquel que me la ha descubierto.

Esta ley, parece, es muy sencilla y conocida desde largo tiempo. Pero eso, no es más que una apariencia, y para convencerse de lo contrario basta echar una mirada en derredor. No solamente no se reconoce esta ley, si no que se admite otra, diametralmente opuesta. Todos los que creen en Dios, desde el Tzar hasta el mendigo, todo el mundo, se apresura, no a obedecer esta ley, sino a contravenirla.

Demostrar la eternidad, la inmutabilidad de esta ley, explicar cómo, si se la contraviene han de resultar necesariamente desdichas, he aquí lo que ha querido hacer Bondareff en su obra.